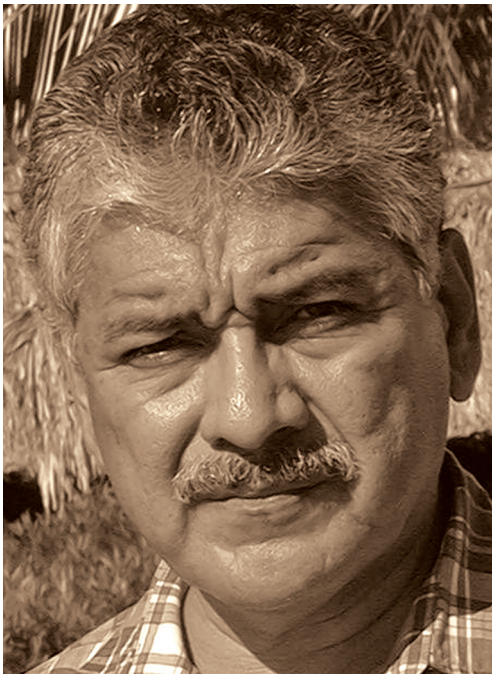
JOSÉ LUIS RIVAS

Ante un cálido norte

LETRAS MEXICANAS



José Luis Rivas (Tuxpan, 1950) ha consagrado por entero su obra a la escritura de poesía. Estudió filosofía y letras en la UNAM, fue becario del Fondo Nacional para la Cultura y las Artes de 1989 a 1990 e ingresó al Sistema Nacional de Creadores en 1994. Ha obtenido los premios Carlos Pellicer (1982), Aguascalientes (1986), Xavier Villaurrutia (1990) y Ramón López Velarde (1996). Entre los autores que ha traducido se encuentran T. S. Eliot, Michel Tournier, J. M. G. Le Clézio, Georges Schéhadé, Saint-John Perse, Jules Supervielle, Joseph Brodsky, Les Murray y Derek Walcott. El FCE prepara asimismo su traducción de la obra poética de Aimé Césaire. *Ante un cálido norte* recopila la mayor parte de sus trabajos poéticos de los últimos doce años.

LETRAS MEXICANAS

Ante un cálido norte

JOSÉ LUIS RIVAS

Ante un cálido norte

FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

Primera edición, 2006

En la portada: *Sin título,*
fotografía de Silvia González de León

FOTOGRAFÍA: Ednodio Quintero

Comentarios y sugerencias: editorial@fondodeculturaeconomica.com
www.fondodeculturaeconomica.com
Tel. (55)52274672 Fax (55)52274694

Empresa certificada ISO 9001: 2000

Fotografía de portada: *Sin título,* de Silvia González de León

D. R. © 2006, FONDO DE CULTURA ECONÓMICA
Carretera Picacho-Ajusco, 227; 14200 México, D. F.

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra
—incluido el diseño tipográfico y de portada—,
sea cual fuere el medio, electrónico o mecánico,
sin el consentimiento por escrito del editor.

ISBN 968-16-7728-5 (empastada)
ISBN 968-16-8137-1 (rústica)

Impreso en México • *Printed in Mexico*

S U M A R I O

Luz de mar abierto (1992) • 9

Estuario (1996) • 51

Río (1998) • 75

Por mor del mar (2002) • 143

Libro de faros • 179

LUZ DE MAR ABIERTO

(1992)

Para Albertina, Juan y María

Crecí en la mar, y la pobreza me fue fastuosa; luego perdí la mar y entonces todos los lujos me parecieron grises, la miseria intolerable. Espero desde entonces. Espero los navíos que regresan, la casa de las aguas, el día claro.

ALBERT CAMUS

• A cielo abierto

A Toni y Carlos López Beltrán

Depuis un nombre incalculable de générations,
la mémoire me précede dans mong sang.
C'est elle, un soir, qui prit la forme du désir…
GIL JOUANARD

CANCIÓN

De cada hatajo se alzaba un morro masticando frescas hojas
de alfalfa.
Un hombre amarró su montura al horcón del cercado.
Cardos del monte cundían su capote. Y era de jipijapa
su sombrero.
Tiras ternísimas de palmilla bendita, colgadas en el dintel, daban
la bienvenida al viento.
"Oh Visitante que lías tu cigarrillo de hoja…"

Y se abre al punto el relato, esperado como en trance.
"Denle al entrar un pocillo humeante y un abrazo,
que del incendio de la finca nada sabe todavía."
"Trae un centenario en la faja. Relumbrante. Para la que habría sido
su mujer, si él tan sólo se hubiera empeñado un poco."
"Por su diente dorado hay que figurarse su gozo a cielo abierto."

Afuera, encarnada encía, el horno resplandece. Muy cerca, yacen
esparcidas ramas de lastimado ocote.
"Ah, aquella noche, lluvia de estrellamares, noche de arboledas
recorridas en su frescor y en su murmullo."

"Su despejada frente dice por demás."
"Entra ya, anciano. Nunca, mientras yo viva, los goznes de esta casa
apretarán los dientes para rechinar a tu paso."

Y el quinqué, espabilado, parpadea en un rincón del corredor.

Afuera, hacia las hojas altas de un ojite, se alzan morros
suplicantes…

PALMASOLA

A Octavio Paz

I

Viajo en un bote de canalete, vestido con pantalones de color caqui,
guayabera y sombrero panamá.

Viajo por la mañana, muy temprano, cuando el taclobo del alba abre
sus valvas gigantescas chirreando como una garrucha: ¡y las
gaviotas se ceban en la mancha de manjúa de la ribera!

El viejo marinero de punta en blanco, que me aguarda en el muelle
herrumbrado fumando un habano es un hombre prieto de ojos
garzos. Hace mucho que desoye el llamado de la mar alta,
de cuya tentación se preserva atendiendo con celo, río arriba,
una finca de pomarrosas.

Y ante el collar de llantas que ciñe los pilotes del embarcadero,
el bote vira apenas y huele como un huerto sólo poblado
de palos de humo,

esos navíos a palo seco que emergen al final del invierno, luego
de semanas de neblina y de norte, aparejados de flamantes
hojas…

II

Espernancada en el umbral de su jacal al rayar el alba, una india
ribereña hurga bajo la uña de su pie descalzo con una espina
de limonero para desencovar de ella una sañuda nigua,
evitando que se esparzan sus malsanos huevecillos.

En una cuadra del batey, la yegua acostumbrada a la plétora por su
larga convivencia con el macho, embiste con ardimiento
al caballerango que la ha desapareado, mientras a la sombra
de un mante, la maleona ve a la otra fértil bestia y resopla
recordando los espasmos de sus muy lejanas cruzas. Bufa,
envolviéndose la cabeza con su propio vaho.

A orillas del estero, antes de la temporada de aguas, una cuadrilla
de peones ensombrerados levantan mixta defensa del muelle,
armada con gaviones, corazas y espigas de cabeza.

III

A la entrada del tendejón de otate, los bejucos del cahuayote cuelgan
de la reja del zaguán, vislumbrando su sino de guindas
o conservas en el altar de los muertos.

Y al grito de los gansos se embrolla el mitote de la chachalaca, porque
entre los pollitos corretea atolondrado un dominico recién
salido del cascarón. Fue incubado, en la misma nidada,
por la más aspaventera guajolota, y da traspiés por todo
el solar sin que consiga remedar el copioso piar de sus
hermanos de crianza

ante el escándalo de la totola madre, que no entiende cómo aquel
escuálido pajarillo puede despreciar el payantle que se zampan,
sin un solo rezongo, sus otras crías…

LA INCESANTE LABRANZA, MAR ADENTRO COMENZADA,
revienta al cabo su cachón rotundo contra la socavada costa
brava, ganando nuevamente para el haber de las aguas

el tramo que la avanzada del manglar le había ido invadiendo
con sigilosa internada en el estuario,

pues allí donde en otro tiempo la mar a sus anchas campeaba,
la tierra explaya ahora su solar.

En medio de un canal, dos pescadores pulsan a sedal y caña el brío
y la astucia de un espléndido jurel.

• Fragmentos de un paraíso

Le spectacle de la mer a été certains jours d'une monstruosite telle qu'il a ébranlé tous les courages et tous les sang-froid.

JEAN GIONO

ROMPE LA MAREJADA
en el ancón: el trueno
asorda la resaca.

Para los Goldin

–¡HASTA MÁS VER!–
grita el viento de paso

al niño que lo acecha
hincado en lo más alto

del castillo de proa,
calando sus prismáticos.

LA MARESOTA

A Rafael Alberti

La alta mar es honda,
y de verde en verde
la echamos de ver
aunque esté de frente
Pues la mar es otra
desde que la vemos:
mar por fuera, playa;
mar adentro, piélago.

CONTRA LA AZUL PIZARRA
la luz en su bonanza
dibuja otro velero…

ESCARAMUJO

Caracolillo de mar,
¿cómo bordas bajo el agua
–la piedra del arrecife
y la quilla de mi barca?

Caracolillo de mar,
¿cómo bordas bajo el agua?

SUBE DE PUNTO EL AZUL DE ULTRAMAR:
vuelan desde la borda dos fulmares…

DETRÁS DEL MONTE,
ya en picada, rabea
el papalote…

¡SILENCIO! EL MAR NO MIENTE:
Da la cara al rompiente
y prosigue su cuento
con los labios del viento.

OLOLIUHQUI

Zarpa un velero desde el corredor de la casa de las aguas…

El hombre de bigote renegrido, ojos de ostión, tirantes a rayas
y sombrero empenachado toca la pandereta.
Y el oso pardo danza por el cuarteado callejón de piedra,
que en su último tramo se precipita de bruces en el río…

Los niños bailan, tejiendo su alborozo. Primero encierran en su
angosto corro al hombre y al oso; y sin soltarse nunca
de la mano, dilatan luego cuanto pueden la multicolor corola
de su abrazo.

De lo alto del árbol mondo bajan los hombres pájaros.
Atados de los pies, con la cabeza emplumada, trazan
al desovillarse círculos cada vez más holgados.

En el tope del mástil un indio golpea con una mano el tamborín,
y con la otra sostiene, pegada a los labios, una flauta
de carrizo.

Y sobre las aguas del río, ensangrentado con flores de flamboyán,
cruza una recta aleta de marrajo…

ELOGE
(Saint-John Perse)

¡Oh basta! ¡Si siguen hablando
de recalar, prefiero decirles:
me arrojaré por la borda ante sus propios ojos.

La vela emite una palabra áspera y cae otra vez. ¿Qué hacer?
El perro se echa al agua y le da la vuelta al Arca.
¡Ceder! como la escota.

… Suelten la chalupa
o no lo hagan, o decidan, al menos,
que nos bañemos… Eso también me gusta

… Toda la intimidad del agua vuelve a soñar en silencio
en las comarcas de la vela.
¡Vamos! es una bella historia la que entonces se compone.
–¡Oh espondeo del silencio prolongado en sus largas!

… Y yo que les hablaba, no sé de nada tan fuerte ni tan desnudo
como, de un lado a otro del barco, con sus rizos como pestañas
y costeándonos, nuestro límite
la gran vela irritable color de cerebro.

… ¡Hechos, fiestas de la frente y fiestas de la nuca!…
¡Y esos clamores, y esos silencios! y esas albricias
en viaje y esos mensajes por mareas, ¡oh libaciones del día!…
y la presencia de la vela, gran alma que pena, la extraña vela,
allí, y cálidamente revelada, como la presencia
de una mejilla… ¡Oh
bocanadas ¡…Habito ciertamente la garganta de un dios.

• Pecios

HERPE

I

El viento y las porfiadas matas de barrón fueron alineando con el tiempo
una caravana de enormes gibas de arena que contienden
por la noche con la pleamar…

Como trago malaguas, anémonas y ortigas marinas, casi soy inmune
a toda ponzoña.

Cangrejo guarecido en hueros caparazones, poco a poco me acomodo
en mi nueva morada: el inerte casco de un erizo de mar

II

Chapoteo a solas en una marisma. Soy un mascarón de proa ganado
por el escaramujo, un farero ciego: Nadie.

Allá, adonde apenas llega mi cansada vista, pasan en convoy
silencioso los buques que prefieren abastarse en puertos
resguardados, no en calas espectrales como ésta.

No soy el mismo hombre de antes. El tiempo me ha traído
(¡como si lo que me faltara fuera algún achaque!) la terrible
malacia: esta implacable gula que me obliga a devorar
las reliquias que el mar barre a las costas: ámbar gris
y amarillo, piedra múcar, corazas de pejediablos y restos
de cascos naufragados…

Después de un temporal, un soplo limpio barre la playa, sólo tajado
a veces por el vuelo de algún rabihorcado. Dejo entonces
mi gruta para hincarme en el ancón desierto.

Soy un raquero demente que arma sobre la arena un rompecabezas.
¿El mapa de uno de sus corsos? ¿El estupro de una nínfula
ahogada?

III

Siento que el reúma se lleva a pique mi trajinada osamenta.
Sólo la espuma de la mar unta con su salada costra un poco
de alivio a mis llagas.

Soy un hombre uncido a la mar, como un amante a la sombra
de su placer fugado. Y la mar bate en mis sienes, insomne,
incesante, como en un dique.

El cuerpo de los viejos es más sensible a ciertas cosas… ¿Pero a quién
le importa el paso de las grullas antes de una borrasca?
¿O que, la víspera de un temblor de tierra, ciertas emanaciones
ennegrezcan la platería, aun aquella que estaba guardada
en las alacenas?

CORSARIO DE DOS BAJELES

Para Antonio Eyzaguirre

Heaven knows who will have the running of me up!
No pipe to those halyards. –But aren´t it all sham?
A blur's in my eyes; it is dreaming that I am.
HERMAN MELVILLE

I

Es una sola herida abierta la mar después del corso, aún más
que durante la marea roja:
hervor de tiburones descuartizando un rorcual embarrancado entre
dos restingas,
rubro caldo nocturno hirviendo sin espuma, para la sed del cormorán
y el rabijunco,
chirridos de gaviotas cebándose en los restos de redada que los
pescadores devuelven a las aguas por tal de que no se
empobrezca su chinchorro.

Es una herida roja la mar luego del corso, vista desde un peñón
cortado a tajo, o desde la escondida caleta donde tiñosas
y piqueros tejen sus nidos en medio de un mixto olor a toronjil
y espliego…

"Cuando la mar se embravece en las alturas se cierne el ave
de las tempestades…"

II

Cuando yo navegaba
me decían Don Garfio.
No sabía de leyes,
pues la primera de ellas

que olvidé es la de Dios.
Así que fui brutal
como nadie lo fue.
Arrumaba en mi buque

ensenadas enteras,
tal si de inmensos cofres
se tratara. Las naos
que incendié formarían

otra hilera de costas.
Lingotes a granel
atestaban el arca
toda que era la nave

de mi ciego delirio;
libras arrebatadas
y joyas y mujeres
fueron calor y yelo

a mis yacentes flancos.
Me arrojaron un día,
desnudo, al calabozo.
El arrepentimiento

no sube al labio mío
y ya baja la soga.
Mucho a la mar herida,
la Parca que me espera

sin duda se parece.
Antes he sido suyo
y no he de abandonarla.
¡Iza la cuerda, hermano!